

apagaba por falta de combustible, me hizo estremecer, y pensé en la facilidad con que en el mundo podíamos perder el bálsamo recogido, las ejercitantes que tan pocos momentos hacía ardíamos allí mismo en amor divino. . .

Salí por fin. . . . Hoy me sustenta el dulce recuerdo de tan bellos días, y entre suspiros que brotan del fondo de mi corazón, con mucha frecuencia canto:

Corazón Santo,  
Tú reinarás. . . . .

¡Adiós! querida Julia, ¡adiós! sabe que nunca te olvida quien desea para ti todo bien.

Tu amiga

ELVIRA.



.....  
El día siguiente fué dedicado todo entero al culto del Divinísimo Señor Sacramentado. La orquesta de la Misa



## CONTESTACION DE JULIA

Mi amadísima Elvira:

**D**ESCIENDO de la altura tan bella como desconocida á que insensiblemente me ha llevado la lectura de las interesantes y preciosas cartas con que tu fraternal amistad me ha favorecido, para. . . no diré cumplir con el deber, sino disfrutar el desahogo de contestártelas; desahogo que siempre será incompleto, pues desgraciadamente no todo lo que el corazón siente lo puede la palabra expresar; y es mucho lo que tus encantadoras cartas me han hecho sentir.

Para que mi contestación estuviera

no comprender, que los Ejercicios Espirituales tienen «partes que estremecen, porque llevan el rugir de la mar agitada cuando amenaza la tempestad.» Y cómo no comprenderlo cuando al en-

á la altura de su contenido, debería escribir la no con tinta, sino con lágrimas; no con palabras, sino con gemidos; no con el cariño fraternal que á ti siempre me ha ligado, sino con el amor de Dios, que tu bello corazón de ángel en mi pobre corazón de mujer ha encendido. ... No hay duda, la gracia que tú atesoraste en ese dulce Retiro, que pido á Dios me permita disfrutar antes de que disponga de mi vida, has logrado trasmitirla á mi espíritu, y la estoy sintiendo germinar en mi corazón.

No fué un capricho el móvil que te hizo entrar á tan santos Ejercicios, como no fué una genialidad la que te hizo hacerme la promesa de comunicarme tus impresiones: ambas cosas fueron efecto de la gracia que á ti te ha permitido disfrutar el más grande de todos los bienes, y á mí me ha inspirado el deseo de participar de tu dicha.

¡Qué buen uso supiste hacer de tu albedrío y del empeño que tienen tus pa-

.....  
El día siguiente fué dedicado todo entero al culto del Divinísimo Señor Sacramentado. La orquesta de la Misa

hecho sentir, me lo confirman en mí misma: pues yo siento dominado mi orgullo, siento la necesidad de hollarlo en la santa casa de la humildad y de la

dres en complacerte! ¡Y qué bien has sabido corresponder á la predilección divina que tan ventajosamente para ti, encadenó tu voluntad!

Dices que deseabas que no me hubiera alejado de ti en esos días, y la verdad es que no estuve lejos; pues estuve en tu recuerdo, estuve en tu corazón, estuve en tu pensamiento, y lo que es más, estuve en tus oraciones; tibias y tal vez ineficaces al principio, pero ardientes y eficacísimas después, en que tu amor á Dios, en cuyo regazo las hacías, te hacía amar á los pecadores y pedir para ellos el bien que Dios á manos llenas te concedía.

Bien comprendo, porque mi propia razón me lo dice y tus expresivas cartas no han podido menos que hacérmelo comprender, que los Ejercicios Espirituales tienen «partes que estremecen, porque llevan el rugir de la mar agitada cuando amenaza la tempestad.» Y cómo no comprenderlo cuando al en-

á la altura de su contenido, debería escribir la no con tinta, sino con lágrimas; no con palabras, sino con gemidos; no con el cariño fraternal que á ti siempre

contrarse el alma en aquel santo Retiro, secuestrada del mundo, á solas con Dios y sólo con su conciencia, se encuentra frente á frente de sí misma y se ve envuelta en las pasiones que rugen, en el pecado que domina, en la muerte que amenaza, en el juicio que hace estremecer de pavor y en la Eternidad que hiela de espanto! . . . Pero con más razón comprendo y con mayor claridad veo, porque tú me lo has hecho sentir y yo en estos instantes lo estoy sintiendo, que «se convierten muy pronto en puras fuentecillas que bañan á el alma y llenan el corazón de inefable ventura.»

No puedes figurarte, amiga del alma, cuánto me han hecho meditar tus queridas cartas, cuya lectura constituye la ocupación más grata, más frecuente y más provechosa de mi vida; y en fuerza de leerlas, encuentro en ellas instrucciones aún en aquellos pasajes en que tú menos fijaste la atención.

hecho sentir, me lo confirman en mí misma: pues yo siento dominado mi orgullo, siento la necesidad de hollarlo en la santa casa de la humildad y de la

Me dices, por ejemplo, que la casa que sirvió para el Retiro te era totalmente desconocida en su interior, pues sólo habías ido á la Capilla; y en este sencillo, y al parecer insignificante relato, creo descubrir un misterio y encontrar una lección.

A todos los que nos llamamos cristianos, pero que en realidad solamente lo somos de nombre, nos son totalmente desconocidas las tremendas verdades de la Religión, en su verdadera esencia; pues sólo de vez en cuando, y de una manera accidental, fijamos la vista en la superficie; y no diré, como suele decirse vulgarmente, *no nos da Dios licencia*, sino que el demonio no nos permite dar ese paso tan corto que nos separa del interior de esas verdades que no debemos ignorar. Dichosa tú, mi amada Elvira, que ya conoces ese interior tan lleno de enseñanzas, de encantos, de bienestar y de consuelos! Dichosa también tu amiga, si Dios co-

á la altura de su contenido, debería escribir la no con tinta, sino con lágrimas; no con palabras, sino con gemidos; no con el cariño fraternal que á ti siempre

mo á ti se digna concederle la misma felicidad!

Me dices también que el P. Director recibía á las ejercitantes, y en éste me ha parecido ver á Jesucristo, repitiendo estas palabras que yo nunca, á pesar de mi genial frivolidad, he podido escuchar sin conmoverme: «Venid á Mí todos los que estais trabajados y cargados, que Yo os aliviaré» ¡Y que veía su reloj! Como haciendo comprender que el tiempo se va perdiendo, y que hay necesidad de aprovecharlo.

Agregas que la luz de la lámpara «con mucha dificultad resistía el aire que sopla con gran fuerza en esta casa,» y explicas este fenómeno con una oportuna, exacta y perfecta aplicación de los principios físicos que en el Gabinete aquellos nos explicaban; pero yo creo encontrar en él otra figura, otro misterio, otra significación, otra enseñanza.

Lo que pasó por ti, pasó sin duda alguna por la mayor parte, ó á lo menos

hecho sentir, me lo confirman en mí misma: pues yo siento dominado mi orgullo, siento la necesidad de hollarlo en la santa casa de la humildad y de la

por muchas de tus compañeras, y tal vez pasará por mí á pesar del deseo tan grande que tengo de saborear una dicha tan inmensa. Esa llama agitada y próxima á apagarse por el viento, me da una idea del fervor agitado por el aire de las pasiones; de la gracia combatida por el huracán de la tentación. Esas pasiones que tantas veces te dijeron: no estás bien aquí; esa tentación que con tanta tenacidad te dijo: salte.

¿No crees conmigo, amada mía, que el negro manto de la noche que se presentó á tu vista en una extensión considerable, era la imagen de una conciencia envuelta entre las sombras del pecado, que no bastan á iluminar las prácticas piadosas, ó las devociones, ó las virtudes, que sin unidad, sin brillo propio y sin formar cuerpo, pueden iluminarla, porque están diseminadas como al acaso y sin la intensidad ni la fuerza suficientes?

¿Y en esa angustia de tu corazón, y

á la altura de su contenido, debería escribir la no con tinta, sino con lágrimas; no con palabras, sino con gemidos; no con el cariño fraternal que á ti siempre

en esa perturbación de tu voluntad, no viste el principio de esa lucha que tan á menudo tenemos que sostener en la vida, y en cuyo término, si éste está decidido por una victoria, nos está preparada una recompensa? ¿Y en la ayuda que creías recibir de las personas de tu familia, á las que quisiste llamar con tus gritos, no viste la ineficacia de los recursos humanos para las necesidades del espíritu, especialmente en aquella hora en que todos nos abandonan, cuando de todos nos alejamos? ¿Y en la voz del Padre Director que te dijo no temas, no escuchaste la voz de Jesucristo, que tantas veces dijo á sus Apóstoles y en ellos á nosotros las mismas palabras?

Dices muy bien, amadísima Elvira: «los Ejercicios de San Ignacio dominan el orgullo y quitan la venda que impide ver verdades preciosísimas:» pues aunque yo no los he tomado, lo que tú respecto de ellos me has dicho, y lo que ellos por medio de tus cartas me han

hecho sentir, me lo confirman en mí misma: pues yo siento dominado mi orgullo, siento la necesidad de hollarlo en la santa casa de la humildad y de la penitencia, y he sentido caer la venda de mis ojos . . . .

En lugar de esa espesa y opaca venda, los cubren hoy las más dulces lágrimas, pues inconscientemente me he puesto en tu lugar. Yo también me burlaba como tú de las que cantaban en la Iglesia; yo también me sentí como tú dominada por la idea profana de creer que nuestra voz debíamos reservarla para los salones. . . . pero ¡ay! que esta idea tenía por desgracia un sólido fundamento: ¡Nuestra voz no era digna de conmover la atmósfera que rodea á Jesucristo! ¡Nuestra voz no debía perturbar el misticismo de la plegaria de los justos! ¡Nuestra voz, ¡qué horror! solamente merecía ser escuchada en las báquicas tiendas de los pecadores! . . . Pero al seguirte á la Capilla, al verte

no exclusivo, de vernos; y nosotras, no con el objeto exclusivo, pero sí tal vez principal, de ser vistas. Y unos y otras sabemos, ó por lo menos debíamos saber, que la Misa es «un Sacrificio que se

caer á las plantas de nuestro dulce Jesús, que te arrastró á ti con su gracia, y que me arrastra á mí con tu ejemplo, *no puedo más*, y con los ojos nublados por las lágrimas que me refrescan, abro mi corazón culpable para cantar al Corazón santo de nuestro dulcísimo Jesús . . . . No sé cómo pudiste contener tu llanto, porque yo en los instantes en que te estoy escribiendo no puedo contener el mío . . . . Ni lo intento tampoco, ni lo quiero: lo que quiero, lo que deseo, lo que necesito, es derramarlo como tú, en la Capilla de la santa Casa de Ejercicios, á los pies de «la bella imagen del Sagrado Corazón de Jesús,» que como á ti se dignará mirarme y que ya me parece que me está viendo.

Muy bien, mi amada Elvira, creo comprender tu situación en esos momentos: la gracia comenzaba á iluminar tu espíritu, á hacerse sentir en tu corazón, á adueñarse de ti . . . . ¡pero quién eres tú

el órgano y quitan la vena que impide ver verdades preciosísimas:» pues aunque yo no los he tomado, lo que tú respecto de ellos me has dicho, y lo que ellos por medio de tus cartas me han

y quién eras entonces, para resistir al enemigo que ya te contaba por suya! Pero al mismo tiempo, ¡quién era y quién es este enemigo para vencer á los que lo han vencido; para destruir lo que ellos han edificado! Muy oportuna fué la Letanía de los Santos, en la que, después de invocar á la Trinidad en sus tres Augustas Personas y á la inmaculada Madre de Dios en sus más dulces prerrogativas, parece que los cristianos, invocando los méritos, las virtudes, la mediación y las oraciones mismas de todos los Santos Angeles y Arcángeles, de todos los Espíritus celestiales, de todos los Santos Patriarcas y Profetas, de todos los Santos Apóstoles y Evangelistas, de todos los Santos Discípulos del Señor, de todos los Santos Inocentes, de todos los Santos Mártires, de todos los Santos Sacerdotes y Levitas, de todos los Santos Monjes y Eremitas, de todas las Santas Vírgenes y Viudas, y en una palabra, de todos los Santos y

no exclusivo, de vernos; y nosotras, no con el objeto exclusivo, pero sí tal vez principal, de ser vistas. Y unos y otras sabemos, ó por lo menos debíamos saber, que la Misa es «un Sacrificio que se

Santas de Dios, parecen decirles: nosotros nada podemos; mas vosotros, que tanto podeis, rogad por nosotros.

¡Con razón te desconociste! Estabas acostumbrada á la compañía de los torpes habitantes del mundo, que al acercarse á ti con sus galanterías y sus mentiras excitaban tus pasiones, y allí te veías rodeada de los bienaventurados espíritus celestiales, que al ponerse en contacto con tu alma, despertaban en ella con el recuerdo de su santidad, de sus méritos y sus oraciones, los más delicados sentimientos.

Yo veo, mi dulce amiga, con toda la claridad de la fe, que por una protección especial de la misericordia divina, no se ha extinguido en mi alma, que mi vida de mundo había hecho permanecer por tanto tiempo en el estado latente, y que hoy, á la acción eléctrica de tus espirituales cartas, he sentido levantarse enérgica, vigorosa, potente, acompañada de las otras dos virtudes que

el orgullo y quitan la venda que impide ver verdades preciosísimas:» pues aunque yo no los he tomado, lo que tú respecto de ellos me has dicho, y lo que ellos por medio de tus cartas me han

en mi Bautismo me fueron infundidas, la Esperanza y el Amor; yo veo, repito, el efecto de tantos ruegos como tú imploraste en la maravillosa, conmovedora y poética Letanía de los Santos, que, te diré de paso, aun en medio de mi criminal indiferencia, nunca he podido oír cantar sin conmoverme: pues merced á estos ruegos fué siendo más viva en ti la impresión de la divina palabra. ¡Qué grande y qué eficaz es el efecto de la Comunión de los Santos!

Qué encanto tan indefinible tiene para mí esa oscuridad de la Capilla de que tú me hablas en tus cartas, de la que oí hablar una vez, por accidente, en un estado de espíritu muy diferente del estado en que aquellas me han puesto! Estando de visita en casa de L... se habló de ti, como era natural, y de tu idea, que no pocos calificaron de *peregrina*, de entrar á Ejercicios; y merced á esta circunstancia la conversación rodó algunos instantes sobre este punto.

no exclusivo, de vernos; y nosotras, no con el objeto exclusivo, pero sí tal vez principal, de ser vistas. Y unos y otras sabemos, ó por lo menos debíamos saber, que la Misa es «un Sacrificio que se

Un amigo de la casa, que estaba presente, que me había causado una mala impresión porque no me dirigió ni una sola de las galanterías que estaba acostumbrada á recibir y á las que me consideraba con derecho, habló con cierto entusiasmo de los Ejercicios, considerándolos, á mi torpe modo de ver, con toda la exageración del fanatismo, y deteniéndose á hacer observaciones sobre esa oscuridad, dijo estas palabras, poco más ó menos: «Nada, absolutamente nada he visto que alumbre tanto al espíritu, como la oscuridad de esa Capilla.»

—¡Ay, Jesús, qué congoja! . . . exclamé interrumpiéndole, y haciendo un estudiado movimiento de admiración y de desdén.

—Permítame vd., señorita, me dijo dirigiéndome por primera vez la palabra, que le haga observar que ese ¡ay! que casi siempre es la expresión de un sentimiento, en esta vez no ha salido

el órgano y quitan la venda que impide ver verdades preciosísimas:» pues aunque yo no los he tomado, lo que tú respecto de ellos me has dicho, y lo que ellos por medio de tus cartas me han

más que de sus labios; que no sé si por fortuna ó por desgracia, no sabe vd. lo que es congoja; y que el nombre de Jesús, digno por tantos títulos de veneración y de respeto, no debía vd. invocarlo con tanta ligereza y para menospreciar las cosas santas.

Té confieso que me hicieron muy mal efecto estas palabras, en las que mi amor propio me hizo ver un arranque de descortesía, y unos instantes después me retiré, sintiendo un verdadero rencor contra un hombre *tan mal educado*. . . .

«Por primera vez en mi vida—me dices—oía una Misa como debe oirse.»

Una nube, negra como la de tempestad, han extendido delante de mis ojos, y lo que es más, han enyuelto mi espíritu como en un sudario de muerte estas palabras, en las que veo un merecido reproche. . . . he dicho mal, un oportuno aviso del Cielo.

Del fondo de mi conciencia, que co-

no exclusivo, de vernos; y nosotras, no con el objeto exclusivo, pero sí tal vez principal, de ser vistas. Y unos y otras sabemos, ó por lo menos debíamos saber, que la Misa es «un Sacrificio que se

mo lo habrás notado ya, se encuentra perturbada, he sentido levantarse esta pavorosa pregunta, severa como una acusación, terrible como un cargo, abrumadora como una falta, punzante como un remordimiento: Y yo, ¡cuántas misas he oído bien?

Tú sabes muy bien, amiga del alma, que no te exajero al decirte que ninguna!

Yo, que nunca he consentido en quedarme sin Misa los días de fiesta, he ido sólo por una costumbre, y he asistido á ella como á un espectáculo . . . no me atrevo á decir de qué naturaleza; pero sí me atreveré á decirte, porque lo hago en la confidencia de una carta, vaciando mi corazón en el de una amiga verdadera y con el arrepentimiento que se debe tener en la confesión, pues me estoy confesando contigo, que cuando en el teatro he visto fingir que muere, por un hombre, una mujer envilecida y degradada en los brazos de la prosti-

el orgullo y quitan la venda que impide ver verdades preciosísimas:» pues aunque yo no los he tomado, lo que tú respecto de ellos me has dicho, y lo que ellos por medio de tus cartas me han

do el abundante fruto que de ellos sacaste, y sin embargo, tiemblo cuando al leer por centésima vez tus primeras cartas, veo en ellas tu resolución de salirte . . .

tución, no me ha sido posible contener las lágrimas; y cuando en el altar he visto morir por mí al Santo de los santos en los brazos de la Cruz, no sólo mis ojos han estado secos y mi corazón indiferente, sino que alguna vez . . . ¿me atreveré á decirlo? . . . mis labios se han agitado al impulso de una sonrisa!

¡Y decir que casi todos oyen Misa con esa indiferencia tan criminal! Y no solamente los hombres que en su ceguera aun se jactan de ser indevotos; las mujeres, que tenemos la costumbre de la devoción, y que llevamos el libro de artística pasta como un juguete, y el rosario de vistosas cuentas como un adorno, hacemos lo mismo. Ellos y nosotras, con frecuencia profanamos el templo: ellos van á él, con el objeto principal, si no exclusivo, de vernos; y nosotras, no con el objeto exclusivo, pero sí tal vez principal, de ser vistas. Y unos y otras sabemos, ó por lo menos debíamos saber, que la Misa es «un Sacrificio que se

mo lo habrás notado ya, se encuentra perturbada, he sentido levantarse esta pavorosa pregunta, severa como una acusación, terrible como un cargo,

hace de Cristo, y una representación verdadera de su vida y de su muerte.

Ahora recuerdo que en una Plática cuaresmal á que me hizo ir mi mamá una tarde, dijo el Padre que cada ceremonia de la Misa está llena de enseñanza, de significación y de misterios, y que debíamos consagrarle toda nuestra atención; pero no recuerdo cómo demostró ese punto, pues estaba yo muy contrariada, y deseaba salirme de la Iglesia cuanto antes.

No puedes figurarte, mi amada Elvira, el efecto que me ha producido la reflexión que me haces y el recuerdo que con ella me despiertas, respecto del esmero que ponemos en nuestra *toilette* para ir al templo; á mí siempre me había parecido mal, pero á pesar de esto, me he dejado arrastrar de la costumbre, con la facilidad con que seduce todo lo que halaga.

Por desgracia esta costumbre está muy generalizada aun en las personas más

do el abundante fruto que de ellos sacaste, y sin embargo, tiemblo cuando al leer por centésima vez tus primeras cartas, veo en ellas tu resolución de salirte....

piadosas, las que, con todo y su piedad, profanan la Casa de Oración, como dijo Jesucristo á los mercaderes de Jerusalén, á quienes arrojó del templo á latigazos.

Si hubieras visto en la Función que hubo en S..... con motivo de.....!

Con mucha anticipación se distribuyeron las invitaciones; y como si se tratara de un baile, se pusieron en actividad todas las modistas, y el día de la Función, el lujo llenaba las naves con todo su esplendor y su magnificencia: parece que quería oscurecer el esplendor y la magnificencia del altar.

Yo te confieso que me sentí contrariada, pues no pude menos que recordar lo que una vez oí predicar que había dicho Dios: «este pueblo me honra con los labios, pero me ofende con el corazón.»

¡Qué horror, Elvira, consultar los figurines de la moda para asistir á la muerte de un Dios!